

¡URRIKALDU POBREAZ!

Etzuelako euri pisarrik egiten,
 Lore bat egarriak zegoen itotzen.
 Ikusirik ore bat urbill agertutzen,
 Deadar egin zion:—¡ur tanto bat, arren!—
 Oreak zion esan:—ez dezaket, zeren,
 Guztiz presa aundia det:—eta... irago zen.
 Beroak zuelako gaiŕsoa erretzen,
 Ill zan lorea abian itz aen ondoren.
 Limosna bat badizu pobreak eskatzen,
 Ez diozu eranzun bear orrelaŕen;
 Baizikan al-dezuna eskeñi bertanchen,
 Bada Jainkoak ala digu agindutzen.

OTAEGI-KO KLAUDIO -K.

EL TAMBORILERO.

Muy pocos habrá que ignoren que el tamboril, no *el tambor que sirve regularmente para las danzas* y que es el tamboril propiamente dicho, sino lo que en general es más conocido bajo este nombre, á saber: el *chistu*, (silbato ó silbo bizcaino le llaman algunos) al que aquel sirve de adherente, si bien tan preciso é indispensable que con razon se le considera como su parte obligada, es el *alma*, por decirlo así, de todas las fiestas, de todas las funciones, de todos los actos públicos del país bascongado.

Nada se hace en él, nada se sabe hacer sin el tamboril.

¿Se trata de una romería?

Es indispensable el tamboril.

Sin tamboril no hay romería posible.

El tamboril es el principal elemento que imprime á la romería su carácter festivo y bullicioso.

¿Hay un baile al aire libre en el campo ó la ciudad?

Solo puede verificarse al son del tamboril.

¿Se quiere correr un buey, y esto se quiere siempre porque es la diversion á que con más gusto se entrega allí el pueblo? Ha de preceder, sin remedio, el consabido *Iriyarena* tocado por el tamboril, y si la corrida se compone de dos ó más bueyes, ya se sabe que de buey á buey, ó como si dijéramos, en los *intermedios*, ha de tocar tambien algo: el qué, no importa: el caso es que se deje oír.

¿Se celebra una procesion? Rompe la marcha el tamboril.

¿Asiste la corporacion municipal á una funcion civil ó religiosa? Es de rúbrica que la acompañe el tamboril.

¿Llega la noticia de un fausto suceso, una de esas noticias que se reciben con repique de campanas? Antes de que estas la anuncien, se encarga el tamboril de publicarla recorriendo las calles del pueblo.

El acontecimiento más notable, más digno de celebrarse, pasa desapercibido, si el tamboril no lo *solemniza*.

Por el contrario; el motivo ménos fundado de solaz ó regocijo, ádquiere con el tamboril las formas de razon justificada.

El tamboril constituye una necesidad social en la vida de los pueblos bascos.

Este es un hecho reconocido, una verdad que no hay para qué demostrarla, porque está en la conciencia de todos los hijos de este noble solar.

Parece, pues, desprenderse por lógica deduccion, que á nadie es dado reunir títulos más legítimos y valederos á la consideracion, al aprecio y aun al cariño de sus conciudadanos como al que toca el tamboril, es decir, al tamborilero.

Consecuencia inmediata.

El tamborilero debe ser el funcionario público más importante, el que goce de mayores distinciones y prerrogativas, el que obtengalas deferencias más delicadas, las pruebas más patentes de simpatía y afecto....

Empero sucede todo lo contrario.

Y es que en el tamborilero solo ven sus paisanos un hombre asalariado que tiene la obligacion de divertirles, una máquina que toca cuando se les antoja que toque, y nada más.

Así que léjos de guardarle consideraciones ni miramientos de ninguna especie, es censurable en alto grado el desden con que se le mira.

Ni siquiera llega á merecer el tamborilero la atencion de que se le nombre jamás como tal.

No haya miedo de que se diga nunca: «Avisé V. al tamborilero, ha venido el tamborilero? qué es lo que toca el tamborilero?, sino simplemente: «Avisé V. al tamboril, ha venido el tamboril? qué es lo que toca el tamboril?, etc.

Diríase que el tamborilero, en el hecho de serlo, deja de ser persona y se convierte en cosa, ó que el tamboril posee la rara virtud de absorber por completo la personalidad del que lo toca.

El tamboril es el todo: el tamborilero poco ménos que nada. Más claro: el tamboril es lo esencial: el tamborilero lo accidental.

¿No es verdaderamente inconcebible que en un país, donde si se suprimiera el tamboril sería problemática la vida de sus habitantes, se reserve al tamborilero un papel semejante al que desempeña en un teatro el último comparsa?

Tan extraña anomalía tiene, sin embargo, su explicacion.

El cargo de tamborilero se considera como un oficio poco honroso, un oficio que por lo bajo (á la cuenta debe haber una escala ó medida que gradúe la talla de los oficios) no llega ni con mucho á ninguno de los conocidos como poco altos.

De aquí que ese cargo sea mirado con marcada prevencion.

Pero ¿hay motivo para que el cargo, empleo ó profesion del tamborilero sea precisamente un oficio?

Y aun dado caso que lo fuese, ¿cuál es, dónde está el fundamento de juzgarle como el más ínfimo y despreciable?

No es fácil saberlo.

Por lo que á mí toca, declaro que en las varias ocasiones que he tratado de averiguarlo, no he conseguido obtener una contestacion satisfactoria.

La que siempre se me ha dado es vaga por demás; carece hasta de sentido comun, y aunque de buen grado la callara, porque hay cosas que su propia índole y naturaleza las condena á ocultarse ante un mediano criterio, la sacaré á la vergüenza, para que se vea cuán lasti-

mosamente se ofuscan y extravían ciertas inteligencias poco dadas al raciocinio.

Sébase, pues, que mi pregunta: ¿Por qué es bajo el oficio de tamborilero? Ha merecido esta peregrina respuesta: «Porque *dicen* que con él se vende el aire», que es lo mismo que decir: «porque el tamborilero vive de lo que sopla.»

Hay razones que no lo son: salidas de pié de banco, pero confieso que este modo de *discurrir* no sé lo que es.

Si se admitiera como principio, preocupacion tan pueril y ridicula, habria que convenir en que todos los músicos que tocan un instrumento de viento, son *vendedores de aire*, sin que este nuevo género de industria les exima de ser tan artesanos como cualquier peon de albañil ó zapatero de portal: que el arte que profesan no es por consiguiente tal arte, sino un oficio, y un oficio ménos lucido que el de acarrear espuestas de cal y arena, y el de remendar ó echar tapas y medias suelas á unas botas.

No me ocuparé, por cierto, en refutar tan risible argumento ni entenderé la tarea de combatir la estupenda especie que le sirva de base.

Una creencia popular, por falsa y disparatada que sea, no se desarraiga fácilmente.

¿A qué atacarla?

Además; de que todos los que creen que el tamborilero *vende* el aire con que hace sonar el *chistu* no mantienen, no pueden mantener tan singular creencia por conviccion; desconocen su origen; ignoran la razon en que se apoya, si en alguna pudiera apoyarse; solo saben que lo han oido decir: lo han dicho otros, y ellos lo dicen tambien, sin cuidarse de si, al decirlo, profieren ó no un disparate.

Otra razon de tanto peso como la anterior, ménos concreta, si se quiere, en la forma, pero más intencionada en el fondo, recuerdo haberse deslizado alguna vez por mi oído en corroboracion de lo bajo que es el oficio de tamborilero.

«El *chistu* es un instrumento poco *noble*, poco *majestuoso*» se ha dicho; *ergo*...

La consecuencia sería clara si la hipótesis no fuera un absurdo.

¿Instrumento poco noble el *chistu*, poco majestuoso!... pero por qué? es porque se toca con una mano? es por ser la zurda la que al efecto se emplea? es porque no tiene sino tres agujeros? es porque carece de llaves?

Si es por el tamaño, convengo que en un *figle mónstruo*, por ejemplo, hay más nobleza y majestad, pero también un *flautin* es bastante menor que un *chistu*, y á nadie le ha ocurrido que aquel instrumento sea de peor linaje que los demás.

La verdad es que, mal que pese á los que han heredado la extraña manía de rebajar y deprimir al tamborilero, sin por qué ni para qué, nadie, sin notoria injusticia, le negará su cualidad de artista.

El tamborilero es, en efecto, un artista.

Y no se me arguya que la palabra artista se prodiga demasiado; que de tal suerte se ha hecho general y elástica que hoy se aplica á cualquier saltimbanqui, pues de que debiera hallarse más restringido su uso, no ha de inferirse que no se emplee con propiedad tratándose del tamborilero.

Yo no llamaria artista al tamborilero por el solo hecho de que fuera un instrumentista más ó ménos hábil, ni por que se da ese nombre á todo músico, sea de la clase que quiera, lo mismo al que dirige una orquesta como al que toca en ella el bombo y los platillos.

Sabido es que no todas las individualidades que componen la dilatada clase que cuenta por Patrona á Santa Cecilia, merecen el dictado de artistas.

Músicos hay que lo son contra viento y marea; músicos que, sin vocacion, sin dotes para serlo, más ejercen su profesion como un oficio que como un arte, pues en tanto le aprecian en cuanto les da de comer; músicos que el dia en que su trabajo escaseara serian capaces de maldecir al mismísimo inventor del pentágrama, músicos para quienes la música no encierra encantos bastantes para producirles la más ligera fruicion, no ya en el alma, pero ni en el oído siquiera; músicos, en fin, cuya organizacion templada á prueba de emociones parece poseer el privilegio de no sentir ninguna.

Pues bien; sobre esa cáfila de músicos.... anti-filarmónicos, tiene el tamborilero cuanto hay que tener para ostentar con justicia el honroso título de artista: talento, génio, inspiracion, todo.

El tamborilero es un verdadero artista, porque lo es de corazon. Ama el arte, sabe sentir con el arte, vive para el arte.

¿Quién no ha visto al tamborilero en el pleno ejercicio de sus funciones como elevado hasta el quinto cielo en alas del placer, del entusiasmo que en él producen las notas del *chistu*? ¿quién no le ha visto extasiarse, sentir, gozar con lo mismo que toca?

Como prueba de lo que al arte se consagra el tamborilero, baste decir que casi todas las piezas de música que forman su repertorio, son de su composición.

Por cierto que para complacer al público, ávido siempre de oír cosas nuevas en el tamboril, necesitaría el tamborilero estrenar una cada vez que saliese á tocar, y aun así dudo que lo consiguiera.

La idea de que todo lo que toca el tamborilero es *muy viejo y muy oído*, es otra manía que domina á sus convecinos; chicos y grandes le acusan de que «*siempre toca una misma cosa.*»

En cambio, cuando el tamborilero, halagado con la esperanza de proporcionar al público una agradable sorpresa, estrena realmente una tocata nueva, pasa desapercibida; nadie para mientes en ella hasta el día en que la repite: entónces aseguran todos haberla oído *otra vez*, y que es tan vieja por ende como las otras.

Fuera de estos casos en que tanto resalta la justicia con que se procede con el tamborilero, ninguno se ocupa de él ni le menta para nada.

Esto por lo que hace á sus convecinos: en cuanto á los forasteros, sucede otra cosa... peor.

El viajero que en el país basco llega á presenciar una de sus fiestas, fija desde luego su atención en el tamborilero.

No le choca tanto, suponiendo que la fiesta sea un *esku-dantza*, ni la originalidad del baile, ni la escogida colección de lindas y graciosas jóvenes cuyas mejillas colora un sonrosado matiz que así puede ser una llama de rubor por verse expuestas á las miradas de la multitud, como el signo de otro sentimiento, si muy distinto, natural, en las que se han visto solicitadas con preferencia á otras, no ménos bellas quizá, á tomar parte en el baile.

Y como quiera que un viajero procura sacar partido de todo, á fin de que su viaje sea lo más ameno, entretenido y aprovechado posible, ver al tamborilero, examinarle prolijamente y convertirle en blanco de sus pullas y epigramas, suele ser obra de un momento.

Más de una vez he sido testigo de estas burlas, para las que, á falta de otro asunto, se apoderan los viajeros del que les ofrece el traje del tamborilero, y la toman ya con el abigarrado color de su chaleco, la extraña forma de su sombrero, el histórico corte de su levita ó el estado deplorable de sus zapatos.

Esto es irritante.

Por supuesto que el tamborilero no llega ni aun á sospechar que sea objeto de ajenas burlas, pero aun cuando lo sospechára y lo supiera, no se inquietaría por eso.

Bastante filósofo el tamborilero para no ocuparse demasiado del aliño exterior de su persona, siquiera este descuido lo haga aparecer ridículo á los ojos de los que rinden un culto exagerado á la caprichosa moda, sóbrale tambien grandeza de alma para despreciar esas que él en vez de burlas, llamaria debilidades y flaquezas de sus prójimos.

Si el tamborilero, por la triste condicion á que por razon de su empleo se ve reducido, no fuera capaz de inspirar las más vivas simpatías, sus prendas de carácter, sus cualidades morales debieran ser parte bastante á granjearle el aprecio de propios y extraños.

Y aquí convendrá observar la idea equivocada, el falso concepto que se tiene del tamborilero.

Es general la creencia en el país basco de que cualquiera que sepa tocar el *chistu*, es apto para tamborilero.

Es un error.

Un *chistulari* no es un tamborilero. Sujeto conozco yo que segun la grande aficion que tiene al *chistu* y su natural disposicion para tocarlo llegaria á ser un gran *chistulari*, pero sería un tamborilero detestable.

La profesion de tamborilero (llámola así á despecho de los que se empeñan en que sea un oficio) requiere dotes especiales que no se adquieren, dotes que son innatas en el individuo y ¡hay tan pocos que las posean!

Si la probidad y honradez del tamborilero pertenecen á la categoría de los proverbios, dudo que su abnegacion y desinterés encuentre imitadores. El tamborilero, al abrazar su ingrata carrera, sabe que no obtendrá en ella honra ni provecho: renuncia á todo medro personal, á toda esperanza de que la fortuna le sonria: celebra implícitamente una especie de pacto con la sociedad, en virtud del cual se obliga á consagrarse de lleno á su servicio, lo que equivale á dejar de pertenecerse, pues desde aquel momento pasa á ser del dominio público: nada se debe á sí mismo: es todo de los demás.

Ocioso es añadir que la vida del tamborilero es una série continuada de contrariedades, malos ratos y privaciones.

Y ¡cosa extraña! jamás en el rostro del tamborilero se advierte la más leve sombra de disgusto ó de pesar: siempre se le ve alegre y risueño.

El tamborilero, bien habido con su menguada suerte, se considera feliz y llega á serlo.... á su manera.

Exento de ambicion y de envidia, solo cuida de atender á sus necesidades con el escaso producto de su trabajo, á veces harto excesivo. Con esto se ven colmados sus deseos y satisfechas todas sus aspiraciones. Fuera de su sueldo, mezquino si los hay, el tamborilero no cuenta con más emolumentos que los que le producen las *alboradas*, de las que diré cuatro palabras.

Las *alboradas* (*arboladas* dicen algunos) impropriamente llamadas así, puesto que el tamborilero las da por la tarde, sirven para felicitar á una persona los días de su santo ó cumpleaños: se compone de dos ó tres tocatas ejecutadas á la puerta de la casa donde aquella viva.

Si la persona á quien se da la alborada, es de cierto *viso* en el pueblo por sus pergaminos ó posicion social, se toca, por via de aditamento, la famosa marcha de San Ignacio de Loyola, que sobre ser la pieza más clásica de todas las del país y que como tal se reserva para las grandes solemnidades, reúne la ventaja de poderse cantar con su correspondiente letra, porque no hay bascongado que no la sepa de memoria.

¡Y es de ver cómo la canta á coro la familia y demás parientes, amigos y allegados que en la casa de los días se han reunido á comer *in honorem tanti festi!* Cómo anima la fisonomía de los comensales el placer con que entonan aquellos versos:

«Fundador sois Ignacio singular.»

Pero lo singular del cuento suele ser la discusion que se abre sobre un asunto tan árduo como espinoso; y el cual, ocasionado de suyo á la controversia, exige en su estudio el mayor detenimiento, tacto y madurez.

Este asunto es el de la propina que se debe dar al tamborilero.

La oposicion ó sea la minoría que se compone de los que opinan que se le dé más concluye por adherirse, á los que, despues de un acalorado debate, sostienen que se le dé ménos, conviniendo unos y otros en que aun así, queda sobradamente retribuido el tamborilero, pues si bien se mira no vale todo lo que ha tocado ni la mitad, inclusa la marcha del santo.

Olvidaba decir que el producto de las alboradas lo comparte el tamborilero con el redoblante, su inseparable compañero, el cual,

comparado con aquel, de quien recibe sus órdenes, viene á ser lo que un marinero al lado del patron.

Incidentalmente he tocado el punto del sueldo y sobresueldo del tamborilero: vuelvo ahora á ocuparme de este, aunque con el firme propósito de concluir pronto este mal pergeñado artículo, que va siendo demasiado largo y pudiera cansar al lector.

Como el tamborilero ha de ser tamborilero ante todo y sabe que no dejará de serlo bajo ningun sistema de gobierno, nada le importan los cambios políticos que se verifican en el país.

Tanto le da al tamborilero que dirija el timon del Estado un gobierno liberal como un gobierno absoluto.

El tamborilero no ha vestido nunca el uniforme de miliciano ni formado en las filas realistas.

Cuando lo han exigido las circunstancias el tamborilero ha tocado lo mismo el *Trágala* que la *Pitita*.

No pregunteis al tamborilero á qué partido pertenece: os contestara que á ninguno, porque él, en materias políticas, es cosmopolita; no distingue de colores y tan de su gusto es el negro como el blanco.

Hombre de orden el tamborilero, su ley es obedecer al que manda. No olvida el tamborilero que es un paisano; que por su carácter de dependiente del municipio, es un hombre puramente civil, sin que le sea permitido ni el menor asomo de militar.

El tamborilero no se dejará el bigote por cuanto hay en el mundo.

Un tamborilero con bigote sería un contrasentido atroz, un espantoso anacronismo.

El bigote en un tamborilero revelaria cuando ménos que su dueño habia abjurado de sus principios, que protestaba contra el orden de cosas existente, que se habia vuelto revolucionario.

Inofensivo por carácter, bueno por naturaleza, no hay ejemplo de que al tamborilero se le haya visto en una riña ó pendencia, y si llega á tomar parte en alguna será como mediador, guiado del laudable propósito de apaciguar á los contendientes.

Como puntual y exacto en el cumplimiento de su obligacion, el tamborilero es un modelo.

Nunca el tamborilero esquiva su presencia allí donde el *servicio público* la reclama: celoso de su deber como el que más, léjos de excusarlo con fútiles pretextos, aun cuando causas legítimas se lo impi-dieran, no dejaria de cumplirlo.

Vaya un ejemplo.

Acontece que el tamborilero se siente indispuerto (espero que sus detractores no negarán la posibilidad de que el tamborilero se ponga malo y se muera como cualquier hijo de vecino), y recibe por el conducto ordinario, (el alguacil), un recado apremiante que le envía la competente autoridad para que se persone en la casa concejil.

—Fulano, le dice el mandadero sin más ambages (regularmente lo llamará por el apodo con que sea conocido y que los hay tan chuscos é ingeniosos como *chiriquis*, *chamboliñ*, *chunga*, etc.) es preciso que al punto vaya el tamboril al Ayuntamiento.

(Hago aquí caso omiso de tal cual excepcion en que se ve al tamborilero de una aldea ó villa de corto vecindario desempeñar á la vez las funciones de corchete, barbero, maestro de música, cartero, etc., ni me refiero tampoco á las ciudades en que hay verdadero lujo de tamborileros puesto que se reunen dos ó tres).

—Lo siento, contesta el tamborilero, me duele tanto la cabeza....

—No hay cabeza que valga: lo primero es lo primero.

—Ya lo sé.

—Pues andando.... la obligacion es ántes que el dolor.

—Y tanto, pero es decirte que desearia hallarme en mejor disposicion.

—No diria más una mujer. Ea, vámonos.

—Ya te sigo.... ¡maldita jaqueca!

—Qué?

—Nada.

Y el tamborilero, cogiendo el *chistu* y colgándose del brazo el tamboril sale de su casa: llama al redoblante, que vive en la inmediata, y ambos se van precedidos del alguacil, quien al dar cuenta de su cometido pronuncia con la gravedad propia de la clase, que es la gravedad más cómica y risible, la frase sacramental de: «Ahí está ya *el tamboril*.»

Pero ¿qué más?

Ha habido caso en que el tamborilero ha tenido que abandonar su morada en los momentos críticos de hallarse su mujer de parto, porque la del Alcalde acababa de *salir del paso*, y era preciso felicitarla....

¿Podrá dudarse en vista de esto de que *el tamborilero no se pertenece, que es todo de los demás?*

El tamborilero es complaciente y bondadoso hasta un grado inve-

rosímil. ¡Cuántas veces, cansado de tocar todo el día y parte de la noche, desea con ansia que llegue la hora de retirarse, y cuando cree poder verificarlo se ve precisado á tocar más, porque los que bailotean al son del tamboril le piden «otro fandanguito ó un *ariñ ariñ!*»

El tamborilero es quizá entre los seres de la humana especie el ménos egoísta, el más sufrido, el más virtuoso.

Con razon se ha dicho que el tamborilero es un *tipo*, y yo añado que lo es original, *sui-géneris*, sin segundo, sólo, único, exclusivo.

Si todos los hombres participasen algo de la índole, de la organización, de la bondad del tamborilero, pocos hechos registraría en sus anales la Estadística criminal: la sociedad se convertiría en una reunión de ángeles, y por lo que hace á su profesion, con perdon de sus contrarios, yo la respeto y la venero, porque encuentro en ella algo de grande, de digno, de noble, de elevado; para mí esa profesion, practicada en las provincias hermanas, allí donde en tan poco es tenida, equivale casi á un sacerdocio.

MIGUEL OSTOLAZA.

Este delicioso artículo del distinguido errikoñeme y querido amigo nuestro D. Miguel Ostolaza, vió la luz primera en *La Jóven Guipúzcoa*, el año 1864; y á los pocos dias de publicado, el inolvidable D. Joaquin Jamar tuvo ocasion de escribir, en el mismo periódico, lo siguiente:

CORAZONES AGRADECIDOS.

Razon tenia nuestro querido amigo y colaborador D. Miguel Ostolaza al asegurar que *el tamborilero* es el modelo, la quinta esencia, el tipo del hombre complaciente, bonachon, agradecido, y sobre todo *desinteresado*, en esta tierra clásica del desinterés.

Rómpase V. los cascos, quémese V. las cejas, exprima V. todo el jugo de su imaginacion para que su infatigable péñola describa rasgos y más rasgos tributando elogios al que obra bien, fulminando censu-